



ROSA GRIS

MARMAY



ROSA GRIS

La detonación sumió al teatro en un silencio casi sepulcral. La oscuridad en la que había quedado el escenario tras el último acto hizo que el auditorio sintiera verdadera congoja. Pasaron unos cuantos segundos hasta que se empezaron a escuchar los primeros aplausos que, poco a poco, se fueron convirtiendo en una ovación. Los técnicos de iluminación sabían que en ese momento tenían que ir dotando al escenario de luminosidad de forma lenta y pausada, para no deslumbrar a los espectadores que llenaban las butacas de la sala. El contrapunto a esa muchedumbre se encontraba encima de las tablas en las que un solo actor había representado la obra. Un soliloquio que desde el comienzo iba consiguiendo que el público empatizara con el personaje hasta el punto de comprender, al final del acto, que este acabara decidiendo apretar el gatillo de la pistola que descansaba sobre la mesa, junto a la silla donde se sentaba el protagonista. El éxito de la obra era casi exclusivo de la interpretación del actor que, a su vez, era el autor de la misma.

—Cada noche muero y, una vez muerto, siento el aliento de la gente invitándome a renacer.

La consulta del psicólogo no era lo que Javier había imaginado —posiblemente haya visto demasiadas películas— pensó la primera vez al salir de la visita. Esperaba quizá un diván, al menos un sofá donde recostarse para contar sus problemas al *curalocos*, pero no era así. El médico se sentaba en un sillón de despacho y una mesa atestada de papeles lo separaba de su paciente que lo hacía en otra silla mucho menos cómoda, al menos en apariencia, que la del doctor.

—Es bonito eso que me cuentas. Suena poético. Se nota que eres escritor.

—Prefiero actuar. Lo que pasa es que nadie ha escrito nada lo suficiente bueno para un actor como yo, así que he tenido que hacerlo yo mismo.

Jorge ya tenía entre sus anotaciones el elevado nivel de egolatría de su paciente y se limitó a asentir con la cabeza.

–Bueno, hoy no estamos aquí para hablar de tu trabajo. Necesito que me cuentes cómo era tu relación con tu mujer y tu hija antes del accidente.

–¿Accidente? No me parece correcto el término para lo que hizo esa furcia. Irse de casa llevándose a mi pequeña y dejando una sencilla nota en la puerta de la nevera no me parece accidental.

Jorge volvió a mirar sus notas. Javier había perdido a su mujer y a su hija en un accidente de coche dos años antes. El automóvil se salió de la carretera en una zona de barrancos y nada se pudo hacer por salvar la vida de ambas.

En el teatro los encargados del atrezo colocaban de forma minuciosa los escuetos elementos para la actuación. La mesa y la silla debían permanecer en una línea perpendicular a la base del escenario y la pistola sobre la mesa era el objeto que debía cobrar el protagonismo principal. Se trataba de una Walther P99 y, para dar mayor veracidad a la actuación, el actor se había negado a que realizaran una réplica exigiendo que fuera auténtica. El encargado de colocarla en su lugar cada noche lo era también de comprobar que no hubiera sido manipulada y de que estuviera descargada.

–Cuéntame, Javier, ¿alguna vez ha pasado por tu mente la idea de quitarte la vida?

–Ya le he dicho que lo hago cada noche. Mi obra acaba con mi suicidio. Una muerte que todas las personas del público acaban entendiendo y deseando. ¿Usted ha deseado la muerte de alguien alguna vez?

–No estamos aquí para hablar de mí sino de ti, Javier.

–No ha visto mi trabajo. Si lo hiciera estoy seguro de que también desearía mi muerte.

–Supongo que podría ser así pero, en todo caso, desearía la muerte de tu personaje, no la tuya.

Al acabar la función cada noche Javier regresaba a su camerino donde, en apenas unos minutos, dejaba de ser su personaje para volver a ser él mismo. Mientras tanto, el personal del teatro procedía a la limpieza de la sala y a su preparación para el día siguiente. Todas las butacas se limpiaban con esmero, incluida la que, por una leyenda del pasado, cada función permanecía vacía. Estaba tapizada de un color diferente y todo el mundo sabía que nunca debía ser ocupada.

–Tal vez superar la muerte de tu mujer y tu hija te esté resultando más difícil de lo esperado y, en algún momento, hayas pensado en tomar una decisión drástica. Sería algo normal, no debes avergonzarte por ello. A mucha gente le ocurre después de una pérdida tan importante.

–Que ella se marchara no supuso para mí una pérdida como usted la llama. Que se llevara a mi niña sí que me destrozó por dentro. Eso es lo que no sé si llegaré a superar.

Jorge seguía sin comprender por qué Javier eludía hablar de la muerte de su esposa y de su hija. Había pacientes que, después de un trauma similar intentaban borrarlo de su mente y Javier parecía ser uno de ellos.

–Rosa gris. Se llamaba Rosa gris.

Jorge estaba ensimismado y no sabía a qué se refería Javier con ese comentario.

–¿Perdón?

–Su canción. La escuchaba a diario. Es cierto que es bonita pero acababa resultando un poco aburrido escucharla todos los días. Hoy la han puesto en la radio mientras venía hacia aquí.

–Supongo que te habrá traído recuerdos amables.

–No crea. Fue una de las cosas que me hizo descubrir que me estaba engañando con otro hombre. Además, no me gusta el color gris. En ese color está tapizada la única butaca que cada noche permanece vacía en mi teatro. Una superstición estúpida que hace que no pueda disfrutar de una platea

completamente llena. La veo desde el escenario y me pone de mal humor en cada una de mis funciones.

Jorge conocía la leyenda que explicaba por qué aquella butaca debía permanecer vacía. Alguien, tiempo atrás, había maldecido el edificio y aseguraba que el día que el teatro estuviera completamente lleno ocurriría una tragedia en su interior. Desde entonces no se vende el total de las entradas para que la platea no esté nunca completamente llena.

—¿Dices que fue ella quien te confesó que estaba siendo infiel?

—Me dejó una nota pegada en el frigorífico. Ni siquiera tuvo agallas para enfrentarse a mí al decirlo. Y él tampoco tuvo el valor suficiente para decirme que estaba enamorado de mi mujer. Pero a él no lo culpo. Enamorarse de ella era fácil. Ella era la que tenía que haber respetado la relación que tenía conmigo y a la hija que teníamos en común. ¡La maldigo con toda mi alma! Mi niña no tenía que haber ido en el coche cuando se estrellaron.

A Jorge le sorprendió que, por primera vez, Javier hablara del accidente. Había pensado que se podría tratar de un caso de amnesia disociativa pero no cuadraba del todo para hacer ese diagnóstico. El hecho de que ahora mencionara el accidente como tal hizo que cambiara casi por completo su teoría.

—Antes me has comentado que no fue un accidente, que tu mujer te había abandonado. ¿Recuerdas que murió en un siniestro de tráfico?

—Sí, claro que lo recuerdo, pero no fue realmente un accidente. Yo lo llamaría mejor una consecuencia. El error fue que mi hija fuera en ese coche. Ella no debía haber ocupado el vehículo ese día.

En el teatro todo se preparaba para la última función antes del periodo de vacaciones. Siempre era una incógnita si la obra volvería a ocupar la cartelera la temporada siguiente y, aunque el éxito la

mantenía en programa durante varios años, nunca se sabía si aquella podía ser la última representación.

–No sé si entiendo muy bien lo que me estás intentando contar, Javier. Un accidente así no se puede prever.

–Este sí. Solo había que manipular un par de cositas en el coche para conseguir que los frenos fallaran en el preciso momento. Sabiendo el estado de la carretera por la que iba a transitar para llegar a su nidito, el resto era cuestión de suerte. Lo que pasa es que, una vez más, esta estuvo de parte del amante de mi mujer. El muy imbécil aún piensa que no sé que era con él con quien me engañaba.

–¿Me estás insinuando que eres el responsable de la muerte de tu mujer y tu hija?

–Ya le he dicho que mi pequeña no debía haber ocupado el vehículo aquella noche.

–Javier, esto que me estás contando me pone en una tesitura en la que no había estado antes. No sé hasta qué punto el código deontológico me obliga a guardar silencio ante una confesión de este tipo.

–No tiene por qué preocuparse. Esta noche, antes de mi actuación, contaré la verdad a todo mi equipo. Me gustaría que aceptara esta invitación para ver mi obra. La próxima vez que hablemos es más que probable que sea en la cárcel.

De nuevo se colgó en taquilla el cartel de no hay billetes para hoy. En la penumbra del escenario se distinguían la mesa, la silla y, por supuesto la coprotagonista de la obra, la Walther P99.

Javier apareció en escena. Desde allí arriba podía ver toda la platea repleta de gente y la butaca que, día tras día, permanecía sin ocupar. Al sentarse en la silla frente a la mesa observó que, junto a su compañera de escena, había un elemento que en ninguna otra función había estado ahí. Se trataba de una rosa de color gris. Recordó que, mientras estaba en su camerino, después de haber contado a

su equipo que aquella sería la última vez que se representaría su obra, escuchó sonar aquella canción en los altavoces de ambiente del teatro.

Al mirar al patio de butacas Javier comprobó que Jorge había aceptado su invitación y que ocupaba la butaca contigua a la tapizada en diferente color.

Aquella fue la mejor actuación en mucho tiempo. Todo se combinó de una manera magistral. La iluminación, el sonido, el propio actor. Parecía como si la fuerza de la confesión hubiera quedado flotando en el ambiente del escenario convirtiéndose, de algún modo, en parte integrante de la obra. La inesperada revelación cambió el pulso de los participantes, tiñéndolo todo de un poderoso patetismo, bajo cuyo influjo, el público vibró con cada palabra, con cada gesto del protagonista.

El acto estaba llegando a su final. Javier se levantó, como cada noche, derribando la silla, que hizo mucho más ruido que en ocasiones anteriores. Cogió la pistola y se colocó en el centro del escenario con la mirada clavada en su público. Mientras recitaba las últimas palabras del soliloquio miró a Jorge que, emocionado con la magistral actuación de su paciente no vio cómo el que hasta entonces había sido el encargado de preparar los escuetos elementos del escenario en el que Javier actuaba a diario, se dirigía hacia la butaca que quedaba libre y se sentaba en ella, haciendo que la platea, por primera vez en mucho tiempo, estuviera completamente llena.

Javier introdujo la punta de la pistola en su boca mirando a los ojos, cargados de ira, del que fuera amante de su mujer y apretó el gatillo.

La detonación hizo que el teatro enmudeciera. Las luces se apagaron y, tras el aplauso, los focos iluminaron el escenario en el que solo se podía ver el color granate y dorado del enorme telón.